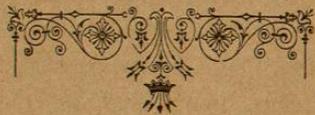


cuchar atentamente su lectura, con una pipa encendida en los labios... Imposible me fué adivinar, quien fuera éste: porque imposible era reconocer en las graciosas facciones de aquel, al parecer muchacho, á la Rabina misma, á la vieja setentona que en aquel momento iba yo á contemplar por primera vez frente á frente.

Una puertecilla perfectamente disimulada bajo el papel verdusco que tapizaba las paredes, se abrió en efecto, y apareció de nuevo mi Ariadna, diciéndome con el continente azorado de siempre:

—Éntre, Padre... La señora le está esperando...



III



ENTRÉ sin vacilar, y me detuve sorprendido en la puerta... Porque no era la Rabina, aquella caricatura de literata que yo me habia figurado, fea y negra hasta sudar tinta, como decia Luis XIV de Mademoiselle Scuderi, la escritora de su tiempo. Léjos de eso, conservaba aquella mujer los restos de una arrogante belleza, que aventajaba en mucho á la vaporosa de Delfina Gay, y no podia compararse con la vulgar presencia y los ajuanetados carrillos de Madame Sand, la otra tercera Gracia.

Estaba hundida en una gran poltrona de raso encarnado, junto á una chimenea en que ardía

vivísimo fuego; y no obstante lo adelantado de la estacion, y de hallarse envuelta en un antiguo chal de Cachemira, agitaban todo su cuerpo frecuentes escalafríos. Al entrar yo en la pieza, púsose en pié con gran trabajo, y pude entón-ces admirar su majestuosa talla, que no habia logrado encorvar el peso de setenta años. Tenia el pelo blanco como la nieve, peinado *en bandeaux*, como decian las elegantes del año cuarenta: especie de cortinillas, que tocando las extremidades de las cejas, bajaban hasta cubrir del todo las orejas. La blancura nivea de sus canas, hacia resaltar su tez morena, cortada por dos cejas negras como el azabache, que prestaban al conjunto de su rostro, una expresion de enerjía, cercana ya á la fiereza.

—Siento haberle molestado á V. Padre;—me dijo... Pero esa Mariana equivocó mi encargo, y le ha incomodado á usted en vez de avisar al Párroco.

Yo la escuchaba absorto: porque jamas habia oido una voz más sonoramente dulce, más cadenciosa, ni tan agradable al oido: aquel acento en aquella mujer, hacia verosímil la antigua fábula de las Sirenas. Mi admiracion no me impidió sin embargo comprender que con aquellas corteses frases, y aquellos dulces acentos, me decia bonitamente la señora Rabina, que

estaba de más en su casa: respondíla, pues, haciendo ademan de marcharme.

—En nada me ha molestado V. señora; pero si ha sido una equivocacion...

—¡Oh, no, no!—exclamó ella vivamente. Quédese V. ¡se lo suplico!... Para mí es igual; quizá mejor... Lo mismo podrá V. darme un consejo; resolverme una duda...

Sentámonos entón-ces, y reinó un silencio embarazoso, como sucede de ordinario, ántes de comenzar una conversacion de suyo difícil. Yo lo rompí el primero, diciendo:

—Me dijo su doncella de V., que esta mañana habian tenido un gran susto.

—¿Susto?—dijo ella.

Y fijó en mi una mirada de fingida extrañeza, como si aparentase no comprender el sentido de esta palabra. ¡Y sin embargo la pobre vieja estaba temblando!

—Susto, no;—prosiguió al cabo lentamente. Sorpresa... desengaño, sin duda... Yo, no lo hubiera creido nunca... Conocí mucho en París á Allan Kardec, y me hablaba siempre de estas cosas de espiritismo... Pero yo me reia de sus embelecocos... Y sin embargo...

—¡Pues vamos ganando!—pensé yo al oirla. La visita del diablo, la ha convertido de incrédula en espiritista.

Y cruzando los brazos debajo del manteo, me dispuse á escuchar pacientemente, hasta ver en lo que paraba aquello. Recogióse ella un momento, y prosiguió hablando de este modo:

—No se si sabrá V., que tuve la desgracia de perder hace seis meses á mi única hermana... Mi pobre Concha...

Dije que sí con la cabeza.

—Era una mujer excelente, inofensiva; pero muy...

Me pareció que iba á decir *fanática*, y la miré fijamente á la cara.

—...devota, concluyó ella, y bastante corta de alcances... En su testamento dejaba por heredero á un sobrino de su marido, y me nombraba á mí su albacea, dejando tambien á mi arbitrio el número de Misas que habian de celebrarse por su alma.

Aquí me pareció advertir, que la Rabina se sonreía imperceptiblemente.

—Yo me cuidé muy poco de esto,—prosiguió diciendo. Confieso que hice mal: porque aunque éramos de tan distintas opiniones, yo debí de respetar las suyas... Comprendiéndolo así al cabo, escribí al Cura de la parroquia hace unos quince dias, encargándole que dijese diariamente una Misa por mi difunta hermana hasta nuevo aviso... Hoy me levanté temprano

como de costumbre, y me puse á escribir de nuevo al Párroco, diciéndole que desde el dia de hoy, cesasen las Misas.

Al llegar aquí, pareció conmoverse algo la Rabina, y como si tuviese calor, echó hacia atras la rica cachemira en que se envolvía

—Estaba escribiendo ahí, en esa pieza contigua, que es mi gabinete... Habia terminado ya la carta... muy corta... cuatro líneas; y faltaba solo la firma... Fui á ponerla: pero sentí entónces una impresion desagradable... Una cosa rarísima... Así como una especie de intuicion de que no estaba sola... que estaba allí mi hermana, detras de mí, á mi derecha... He oido que algunas personas sienten en la oscuridad terrores semejantes: me dominé por eso, y firmé la carta sin volver la cabeza... No pude contenerme, sin embargo, y la volví en cuanto solté la pluma... Y esto es lo atroz, Padre... lo que quiero comprender, y no comprendo!

Y la Rabina echó el cuerpo hácia delante en la butaca, temblando como una azogada, para proseguir muy bajo, como si hasta el sonido de su voz le inspirase miedo.

—Esto no se explica, Padre; pero es cierto, cierto: no me queda duda... A mi lado mismo, pegando á mi misma silla, ví una cosa que no puedo definir, porque parece un prodigio verlo,

y sería otro prodigio explicarlo... pero lo ví tan claro, tan claro, como lo veo á V. en este momento... Era una cosa indescriptible; así como una columna de humo amasado con tinieblas... Allí habia forma sin materia, sin color; palabra sin voz,... y en medio, algo que sentía yo ser mi hermana... dos ojos, los suyos,... su mirada triste, tristísima, que parecía implorar algo, con dos lágrimas de fuego que le caían cara abajo.. Me levanté con tal ímpetu, que el sillón fué á dar contra los cristales, haciéndolos trizas... Entónces se alargó la sombra hasta llegar á la mesa, y con la punta de aquella oscuridad, tocó el papel y borró la firma...

La Rabina sofocó una especie de gemido, y se dejó caer extenuada en el respaldo de la butaca, envolviéndose en su cachemira, y tiritando de frío ó de espanto. Yo no volví de mi estupor al oír aquella singular historia, y sentía también algo de los desfallecimientos del miedo.

—¿Pero no sería eso alguna ilusión?—dije sin embargo. Quizá V. misma borró la firma, al levantarse, con los picos de ese manton ó con el roce de la manga...

—¡No, no, no!—gritó la Rabina. El manton no lo tenía puesto... Las mangas... ¡Vea V.!

Y extendió con fuerza ambos brazos, mostrándome las ajustadas mangas de una bata de

tafetán gris, con vueltas de blanquísimo encaje, en que no se descubría mancha de tinta ninguna.

—¡Eso es lo que me aterra!—añadió, sin tratar ya de ocultar su miedo. Eso es lo que quiero saber... ¿Cree V. posible que el alma de un muerto venga del otro mundo, á impedir que le acorten los sufragios?...

—¡Sí, señora!—respondí yo con firmeza. Lo creo posible; pero no lo juzgo probable... Lo creo posible, porque en el poder de Dios cabe todo, y si V. me concede que Dios existe, no me puede negar sus atributos, y si no me niega sus atributos, tampoco me puede negar que los ejerza... No lo creo probable, porque para lograr sus fines, se vale Dios ordinariamente de medios naturales; porque lo sobrenatural es muy raro, extraordinariamente raro, y se confunde á menudo con cosas naturales, pero desconocidas; ó mejor dicho, ni siquiera desconocidas; tan solo ocultas, y á veces hasta vulgarísimas... Y si no, dígame V. señora... ¿padece V. de insomnios?... ¿Durmió V. bien la noche pasada?...

—Siete horas seguidas... Como si tuviese quince años.

—¿Estaba V. impresionada, nerviosa, con la muerte de su hermana?...

—No, señor... Mi hermana era una mujer

muy vulgar: en nada congeniábamos, y me preocupó muy poco su muerte... Y si no me impresionó en el momento, ¿cómo me iba á impresionar hasta ese punto, al cabo de seis meses?...

—Pero cuando empezó V. á escribir esa carta, ¿tenía remordimiento de no cumplir la voluntad de la difunta?...

—¿Remordimientos?—gritó la Rabina saltando en la butaca. ¡Ninguno!... Lo único que sentía, era pena de haber gastado en Misas aquel dinero, que me parecía mejor empleado en darlo á los pobres, ó... en tirarlo por la ventana!...

Imposible es describir el acento de espantosa convicción y la especie de diabólica rabia con que pronunció la Rabina, aquel—*tirarlo por la ventana!*—Embargóme al oirla un doble sentimiento de terror y de lástima: díjela sin embargo:

—Pero á lo ménos, pensaría V. entónces en su hermana... Tendría siquiera pesar de que no cumplía sus deseos.

—No, señor: en nada de eso pensaba... Había escrito ántes otra carta para París, de mucha importancia, y de tal modo me preocupaba lo que en ella decía; que me equivoqué tres veces en las cuatro líneas que escribí al Párroco... Ni

siquiera tenía idea de que allí se trataba de mi hermana...

—Pues si la ilusion no consiste en eso, puede consistir en algun otro fenómeno físico... ¿Entran las luces directamente en ese gabinete?... ¿Puede efectuarse en él alguna ilusion óptica, quizá algun fenómeno de espejismo?

—No lo creo... Pero aunque así fuera: ¿cómo me explica V. que un fenómeno de espejismo borre la firma de una carta? ¡Venga V.!... Allí está todavía... Exámínela despacio; que ella nos sacará de dudas.

Y la Rabina se puso de pié, erguida y chispeante, como si quisiera desafiarme.

Los papeles se habian trocado: yo parecia el incrédulo, y ella la creyente, luchando por convencerme del prodigio.

—¿Pero V. no ha examinado despues la carta?

—No, señor... No he tenido valor para mirarla...

Estuve por decirle que á mí tambien me faltaba: pero arrastrado por la fuerza de las circunstancias, me adelanté hasta la puerta del gabinete: allí nos detuvimos los dos, silenciosos, azorados, como los tábanos ante la Esfinge. Era la pieza un pequeño *boudoir* elegantísimo, pero del mismo gusto anticuado de su

dueña, que conservaba en todo las modas de su época. Veíase en el fondo un pupitre atestado de papeles, y sobre él una cartera de escribir con incrustaciones de nácar: en el centro de ésta se destacaba un pliego de papel de carta, en que pude distinguir desde léjos algunas líneas escritas, y una mancha horizontal, larga y estrecha por debajo.

La Rabina cogió el papel, haciendo un esfuerzo violento, como si tocase á una culebra, y me lo puso en la mano... La firma estaba, en efecto, borrada: examinéla atentamente por el derecho, por el revés, al trasluz, al tacto...

¡Ah! la Rabina tenia razon: no era aquella una mancha de tinta: no habia borrado la firma el roce descuidado de un manton, ni tampoco el frote de una manga. Era una mancha oscura, del matiz del cuero, idéntica en el color y en lo quebradizo, á la huella tostada que deja sobre un papel, el contacto de algo candente...

Miré entónces á la Rabina: estaba apoyada en el quicio de la puerta, pálida como un difunto. Yo sentia frio en el paladar, y el papel temblaba en mis manos...

Salimos del gabinete y hablamos mucho, mucho... Realmente era el diablo aquella mujer: pero un diablo de muchísimo talento.



IV



RES años despues, hallándome yo en tierra extranjera, recibí por el correo una esquila de defuncion. Era de doña Adela de M.***, muerta en X.***, el 24 de abril de 18.***, *despues de recibidos todos los Santos Sacramentos*. La esquila no hacia mencion de parientes ni amigos: solo el *Director espiritual* convidaba al entierro.

Me apresuré á encomendar á Dios el alma de la difunta; mas no era solo caridad lo que me inspiraba mis sufragios. Por tres veces desperté aquella noche, y ninguna me atreví á abrir los ojos: parecíame siempre que iba á ver en la oscuridad del aposento, aquellos dos ojos tristes, tristes, que miraban implorando algo: aquellas dos lágrimas de fuego que corrian en silencio por mejillas vagas, borrosas, como de humo amasado con tinieblas...